

PLANTEAMIENTOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

1 El punto de partida es la rutina universitaria: Clases, investigaciones, graduaciones, publicaciones, actos culturales, sesiones, comités... La vida universitaria existe en el país y crece inconteniblemente. En este funcionamiento ordinario se presentan problemas, problemas cíclicos, acumulados, enco- nados. Hasta que de pronto la universidad entra en emergencia, la cotidianidad parece abolida, se anuncia el colapso. Los organismos se declaran en sesión permanente, las fuerzas vivas lanzan mensajes invocando la unión en torno a los superiores intereses nacionales. Por fin se llega a un acuerdo provisional, se nombra una comisión y vuelven las clases, las ausencias a clases, las investigaciones, las deficiencias...

Cada sector tiene su propia percepción de los problemas de la universidad. La federación de estudian- tes se refiere inevitablemente a la planificación gubernamental dirigida a estrangular a las universidades nacionales autónomas. El gobierno siempre toca el punto de los intereses y elementos extrauniversitarios que se sirven de un concepto mítico y desviado de autonomía para combatir el sistema que libre y masiva- mente ha escogido nuestro pueblo. Y ambos critican la gestión administrativa de las autoridades. Las auto- ridades por su parte alegan que el gobierno les impone una cuota estudiantil superior a la que pueden ab- sorber, que el presupuesto no crece al ritmo de los gastos y que profesores, alumnos y empleados tienen tales derechos adquiridos que apenas puede modificarse nada de lo existente y por eso se ven obligados a crear cauces nuevos, lo que implica añadir nuevas cargas. Los profesores entre otras muchas medidas siempre incluyen la de un aumento de sueldos que compense de la inflación y que detenga el éxodo de los elementos más valiosos a la empresa privada. Se quejan también de la mediatización partidista, forjan coaliciones e inventan planchas de renovación universitarias que difícilmente llegan a cuajar. Insisten ade- más en que la universidad ha llegado a tal grado de masificación, que sobre todo en los cursos básicos, resul- ta imposible toda relación personal con el alumno. Y los alumnos se quejan de la falta total de orientación. Por otro lado los empleados reclaman de una institución nacionalista y progresista como debe ser la univer- sidad el reconocimiento, en el trato y en la remuneración, de su condición de parte indispensable de la co- munidad universitaria. Por su parte el país popular ve a la universidad con una mezcla de respeto, recelo y resentimiento; sabe que ahí se tratan cuestiones muy complicadas y bastante por las nubes, pero ellos no le ven el queso a la tostada y sospechan que los estudiantes ahora no lo pasan mal y luego cuando sean doctores recibirán buen trato y mejores sueldos.

Enfoques diversos. Pero un presupuesto común: la universidad actual como único horizonte de po- sibilidad y de inteligibilidad. De ahí que los planteamientos tengan que ser necesariamente contradictorios. Claro está que muchos piensan que este modelo de universidad no sirve; pero esta convicción no es el motor de acciones concertadas y sostenidas ni por parte de los estudiantes ni de los profesores ni de las autoridades universitarias ni del gobierno. ¿Y por qué ese empeño en sostenerlo? "Lo único que puede explicármelo —declaraba recientemente uno de los rectores— es que tras esas estructuras se encuentran incrustados inte- reses". Esa sería la causa de que las contradicciones no sean antagónicas: cada uno vive del otro y todos se necesitan para que el barco siga flotando. Pero ¿a dónde va el barco? y ¿quién lo maneja? Nuestra universi- dad ¿es un barco de guerra, un crucero de lujo, un carguero, un buque-factoría?

2 Si el 80% de los que ingresan en la universidad no culmina sus estudios, si de los egresados un alto porcentaje se gradúa en disciplinas de las que el país anda sobresaturado o en especialidades que poco tienen que ver con las necesidades del país, si finalmente de los escasos graduados en áreas prioritarias no pocos se encuentran profesionalmente desubicados no podemos menos de preguntar ¿para qué sirve en- tre nosotros la educación superior?

Hablando de un modo general uno pensaría que las universidades tienen que ver con la conservación, enriquecimiento y trasmisión de los diversos aspectos de la cultura nacional en viva relación con la cultura mundial, con la discusión de metas y estrategias para el desarrollo del país y con la formación de los profe- sionales que requiere nuestra sociedad.

Pero si nuestra educación superior no realiza estas metas y sin embargo aumenta la demanda de un modo superior a todas las expectativas y disponibilidades, habrá que investigar qué roles concretos cumple la universidad en nuestro país que la vuelve tan apetecible.

Ante todo hablaríamos de una socialización selectiva: Si —como dice Zapata— el alto costo de la vida aún está tan bajo que está a la altura del perraje hay que institucionalizar otros canales en los que al fin sólo queden los que son —al fin solos. Esa sería la función primordial que cumple nuestra universidad. Y la cumple cabalmente. La gratuidad de la enseñanza universitaria no ha contribuido a una real democratización de la sociedad venezolana. Esa gratuidad universitaria resulta más inasequible para nuestro pueblo que el alto costo de la vida. Por eso sólo el 21% de los preinscritos del año pasado declaró ingresos inferiores a los 3.000 bolívares. Y de éstos ¿cuántos se graduarán? Se ha dicho acertadamente que en nuestra universidad los pobres que ingresan no egresan. Se habla del mito del doctor en la sociedad venezolana. Pero podría demostrarse que este mito está fundado en razones contantes y sonantes. Por regla general el doctor gana mucho más y gana establemente; por eso goza de sólida reputación. Y la tendencia del pueblo a asimilar los atributos externos —paltó y pose, la imagen de José Gregorio Hernández— es un intento mágico por apropiarse del poder real de esa figura o al menos por lograr su intercesión.

Ese tiempo holgado entre la adolescencia y la profesión marcaría la distancia, establecería la diferencia entre "los que viven por sus manos / y los grandes". Sería un paréntesis de ocio en que se amplían horizontes, se entablan relaciones, frecuentemente se realizan pasantías de deportivo entrenamiento para lo que vendrá después. El joven acepta displicentemente, como un hecho natural, el subsidio de la sociedad porque se va transformando en un ente público, un hombre importante en potencia: doctor.

Qué ha sido la universidad para la izquierda venezolana. Una ilusión y una trampa. El espejismo de una zona liberada en este enclave petrolero. Una nube de palabras acerca del pueblo y que nunca llegaron a él, doctrina sin teoría, un fervor justiciero e impotente. La izquierda se aferró a las universidades para sentirse con vida, para no despertar. Tantas asambleas en el aula magna fraternales, hermosas y desvalidas, masajes consolatorios, para olvidar. Y en este conato consistiría la vida universitaria. A uno se le iba la vida en tratar de mantenerse fiel a esta vieja fe revolucionaria. Somos la poca gente decente que queda en el país. Qué menos puede hacer este cochino país que alimentarnos. Algo así como jubilados de guerra.

Para el gobierno la universidad es sin duda un dolor de cabeza. No colabora, critica y exige plata. Son relaciones como las del padre platudo y el hijo progre. Este le chantajea sacándole plata y el padre con la plata le mantiene en su lugar. El padre sabe que el hijo tiene razón. Pero sabe también que con el tiempo acabará siendo su socio, su sucesor. Por eso las relaciones son muy tormentosas pero hay un secreto acuerdo. El gobierno otorgando —tras el consabido regateo— los presupuestos pedidos cumple con el rol que se le asigna y deja a los otros que se devoren entre sí. Mientras tanto exhibe con orgullo las dispendiosas erogaciones, la altísima matrícula estudiantil y las numerosas casas del saber. La educación universitaria, corona y ornato de la democracia.

3 En la educación universitaria ahora rige la anarquía del mercado, que también en este caso se convierte en dictadura de los que tenían ventaja inicial. Todos vemos que el sistema no da más de sí. Siguiendo la dinámica actual dentro de tres años se doblará la matrícula universitaria. Pasaremos al medio millón. Ni la represa del Guri puede contener tanta agua. Por otra parte el país importa grandes cantidades de profesionales de todo nivel. Parecería elemental que nuestras universidades los produjeran. Por todo esto el gobierno aspira a una planificación centralizada basada en la asignación de roles por clases sociales. Para qué mantener el equívoco si al fin después de tanto rodeo cada uno va a acabar donde le toca. Establezcamos desde el principio con claridad las reglas de juego y nos ahorraremos tiempo, recursos y sinsabores. Los estudiantes afectados, guiados por elemental instinto de conservación, se oponen. Pero para eso enarbolan una bandera gastada: la libertad de elegir la carrera que quieran. Tal como se plantea, el problema no tiene solución. Si la libertad del alumno es casi absoluta, si los derechos adquiridos de los profesores son intocables, si la planificación que se propone como salida es chucuta y discriminatoria no hay nada que hacer.

Indudablemente que la educación superior tiene que ir de acuerdo con los objetivos del desarrollo nacional y no debe haber más profesionales de una determinada profesión que los que el país requiere. Desde luego que esto nos obliga a ir creando en la mentalidad de los padres venezolanos y en la vocación de los jóvenes venezolanos las orientaciones indispensables para que sepan que no deben ser caprichos los que muevan la voluntad de los jóvenes a la hora de pedir inscripción sino la conjunción de las necesidades del país y las aptitudes del joven. Pero ¿quién decide los objetivos nacionales y asigna las responsabilidades? Por lo menos se puede afirmar que en esta responsabilidad no cabe la delegación. Y al Gobierno le toca antes que nada estimular la participación de los diversos sectores de la colectividad. Sólo así su gestión será eficaz sin ser totalitaria.

¿Quién le pone el cascabel al gato universitario? El Gobierno no se ha sentido hasta hoy con autoridad moral para intentarlo. ¿Quedan reservas de mística en la universidad? Nosotros queremos mantener la esperanza.